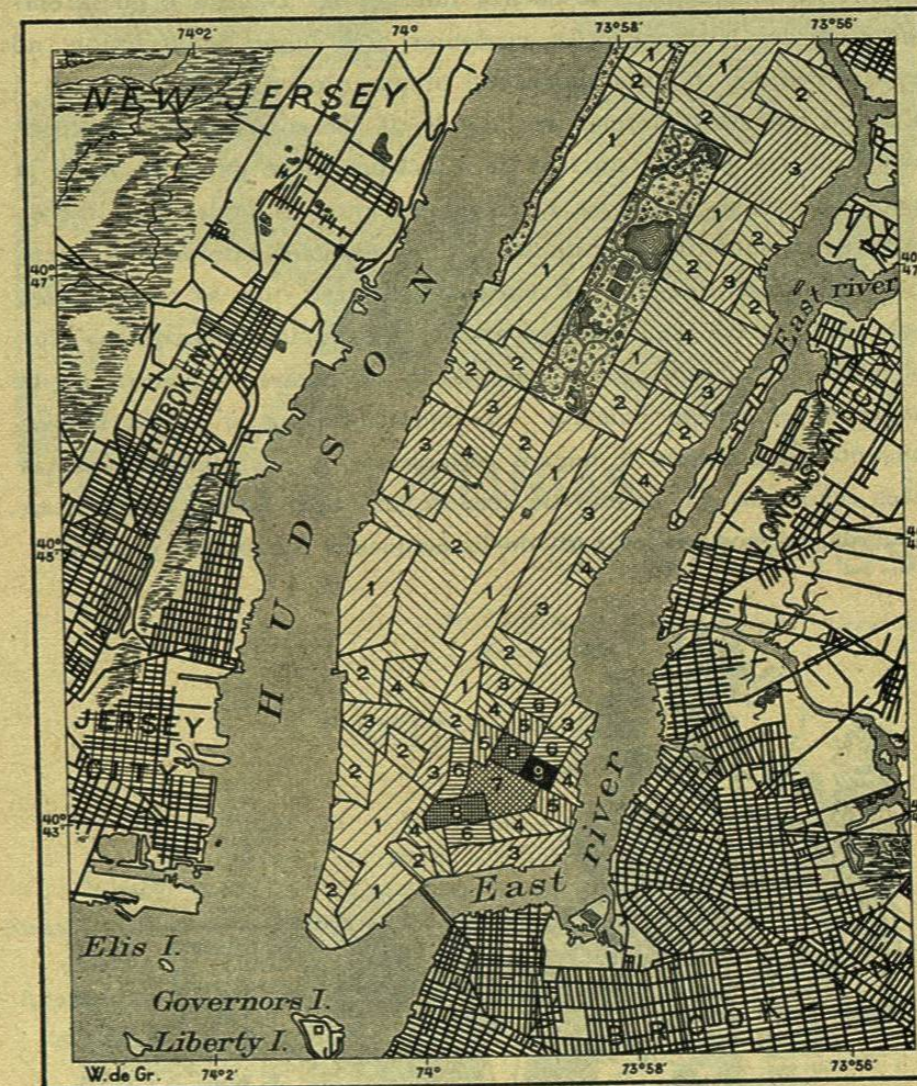


hay duda que en una sociedad consciente, que quisiera resueltamente el renacimiento de la humanidad por la vida de los campos, esa revolución sin precedente sería estrictamente posible, puesto que evaluando en cien millones de kilómetros cuadrados solamente la superficie de las tierras de residencia agradable y sana, dos casas por kilómetro cuadrado, capaz cada una para siete u ocho habitantes, bastarían para albergar á la humanidad; pero la naturaleza humana, cuya ley primera es la sociabilidad, no se acomodaría á esa dispersión. Verdad es que necesita el rumor del viento que agita los árboles y el murmullo de los arroyos, pero necesita también la asociación con algunos y con todos: el globo entero es para la humanidad una ciudad enorme, única que puede satisfacerle.

Actualmente nada hace presumir que esas prodigiosas aglomeraciones hayan alcanzado su mayor extensión imaginable; al contrario: en los países de colonización nueva, donde la agrupación de los hombres se ha hecho espontáneamente, de manera que concordara con los gustos y los intereses modernos, las ciudades tienen una población proporcional mucho más considerable que las aglomeraciones urbanas de las envejecidas comarcas de Europa, y algunos de los grandes núcleos de atracción tienen más del cuarto ó del tercio, á veces hasta la mitad de los habitantes del país. Comparada con el conjunto de su círculo atractivo, Melbourne es mayor que Londres, porque la población circundante es más móvil, y no ha de arrancarse, como en Inglaterra, de los campos, donde se hallaba arraigada durante siglos. Sin embargo, ese fenómeno especial de plétora en las ciudades australianas proviene en gran parte de la repartición del territorio de las campiñas en vastos predios donde los inmigrantes no han hallado lugar, habiendo sido expulsados desde los *latifundios* hacia las capitales¹. De todos modos, el trabajo de trasplatación se hace cada vez más fácil, y el crecimiento de Londres podrá hacerse incesantemente con menor gasto de fuerzas. Al principio del siglo XX, esta ciudad apenas consta de un séptimo de la población de las islas Británicas; no es imposible que adquiera también el tercio ó el cuarto de los habitantes del

¹ J. Denain-Darrays, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1.º Febrero 1903.

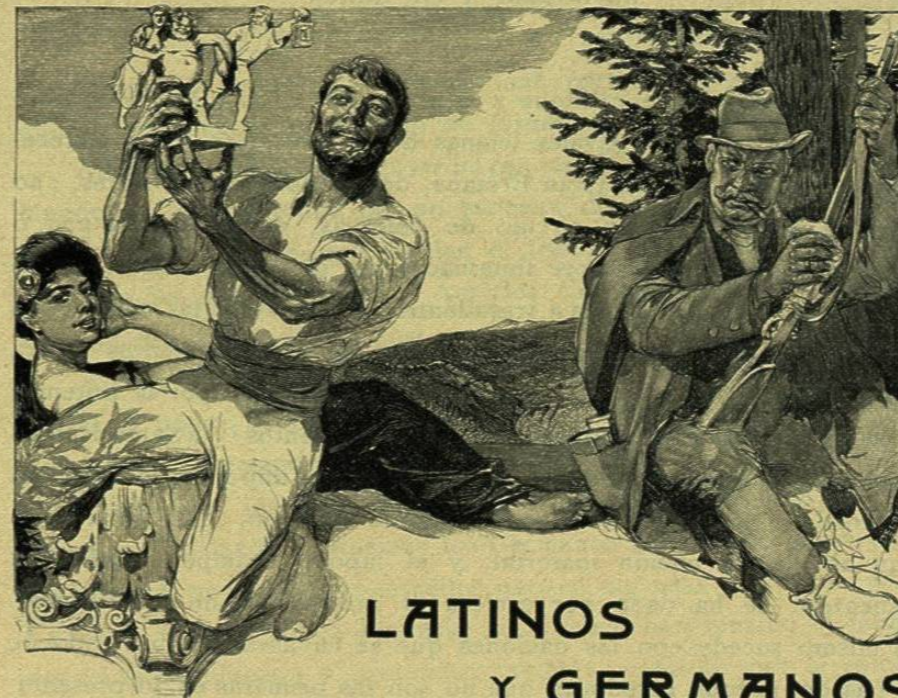
N.º 493. Barrios de New-York.
(Véase pág. 395)



En la ciudad de New-York, los rayados 1 á 9 indican la densidad de población por barrios; 1 corresponde á 250-500 habitantes por hectárea, y así sucesivamente por aumentos de 250; la cifra 9 á 2,250-2,500 por hectárea.

país, con mayor motivo si se considera que Londres no es solamente el centro atractivo de la Gran Bretaña y de Irlanda, sino que es también el principal mercado de Europa y de una gran parte

del mundo colonial. Una aglomeración próxima de diez, de veinte millones de hombres en la cuenca inferior del Támesis ó en la embocadura del Hudson, ó en cualquier otro lugar de atracción, no sería imposible, y hasta hemos de prepararnos á esta idea como á la de un fenómeno normal de la vida de las sociedades. El crecimiento de los grandes núcleos de atracción no se detendrá hasta la época en que se establezca el equilibrio entre el poder atractivo de cada centro sobre los habitantes de los espacios intermedios; pero entonces no se detendrá el movimiento, sino que se transformará cada vez más en ese incesante cambio de población entre las ciudades que se observa ya y que puede compararse al vaivén de la sangre en el cuerpo humano. Es indudable que el nuevo funcionamiento dará origen á nuevos organismos, y las ciudades, tantas veces renovadas ya, habrán de renacer aún bajo nuevos aspectos en concordancia con el conjunto de la evolución económica y social.



LATINOS Y GERMANOS

La Historia no ha desertado de las riberas del Mediterráneo.

CAPÍTULO III

VANIDADES NACIONALES. — LATINOS. — ORIENTE MEDITERRÁNEO.

EL HOMBRE ENFERMO. — GRECIA. — ITALIA.

PENÍNSULA IBÉRICA.

FRANCIA: SUS COLONIAS, EL PROCESO DREYFUS, PARÍS Y LA PROVINCIA.

OLIGANTROPÍA. — ÁFRICA MENOR. — MARRUECOS Y SAHARA.

ALEMANIA: SUS DEFENSAS MARÍTIMAS, LA NAVEGACIÓN INTERIOR.

AUSTRIA-HUNGRÍA. — BÉLGICA. — HOLANDA. — ESCANDINAVIA.

A sí como el individuo, en su pasión instintiva de durar á todo trance, rechaza la idea de la muerte y suscita en su imaginación el sueño de la inmortalidad personal, las naciones tampoco quieren admitir que puedan desaparecer: los cambios inevitables, revoluciones y catástrofes, quieren que respeten su existencia. No sólo querrían las naciones continuar viviendo, sino que pretenden tener la primacía, si no en todo, á lo menos en algo que las clasifique en la primera categoría. Suele aceptarse irónica-